

Información es democracia

CONSIDERAMOS que la explicación efectuada ante el pleno del Congreso de los Diputados por el teniente general Gutiérrez Mellado, es un hecho positivo y de significativa dimensión.

Este había sido durante años un país de silencios y de rumores. Faltaba el foro por antomasia del sistema democrático: el Parlamento. Y ya lo tenemos y, además, se utiliza. Hasta ahora, la tarea constituyente había absorbido la atención de los parlamentarios y el pueblo que los había elegido había perdido, en cierta manera, su interés por los debates, algunos excesivamente técnicos y jurídicos.

Ha sido necesario un incidente, de cuya gravedad no vamos a opinar en espera de la decisión de la justicia, para que funcionara el automatismo de las democracias: que las personas responsables informen, expliquen, analicen, desmenucen los acontecimientos. Por ello, el de ayer fue indudablemente un paso importante.

Un pueblo informado con rapidez, veracidad y responsabilidad es un pueblo que puede considerarse adulto. Es con el engaño, el escamoteo o la manipulación, en nombre de un pretendido bien común, como se perpetúa una peligrosa minoría de edad.

La información es la base de toda democracia porque da conciencia real de los hechos y el Gobierno, en esta ocasión, ha estado a la altura de su misión actual. Incluso felicitamos a los diputados por haber acordado eliminar el debate, que sólo habría servido para encontrar viejas pasiones. España, se quiera o no se quiera, es un país convaleciente, un país que revive. No está acostumbrada a la libertad y por ello es frágil. Informar sin exhibir cicatrices —que todavía pueden mostrar unos y otros— o heridas sangrantes, es lo único que se necesitaba.

Creemos que los españoles han de agradecer al teniente general Gutiérrez Mellado, además de su información, su serenidad y firmeza. Aunque pasen más cosas, que pasarán porque la singularidad es difícil y peligrosa, ayer se avanzó considerablemente en el camino de la democracia. Por esta causa no son voces democráticas las que no comprendieron esta esperanzadora realidad en su profundo significado.

Reconciliación

EN el último discurso del Rey don Juan Carlos en Méjico, por dos veces, al referirse a nuestro país, primero para recordar la guerra civil y después para referirse al futuro español, el Rey ha hecho mención de la unidad como piedra angular de la paz.

Las palabras textuales de don Juan Carlos al aludir a la guerra civil de 1936 han sido éstas: «la quiebra del espíritu de unión entre los españoles inició el proceso doloroso y violento, descarnado y fratricida, que habría de enlutar a toda España y que, para muchos, dio lugar a un éxodo de duración interminable, cuando no definitiva». Esta es la visión que don Juan Carlos ha querido ofrecer de la guerra civil española, señalando, precisamente ahora, la «quiebra del espíritu de unión» como causa fundamental.

El Rey ha agradecido muy calurosamente la hospitalidad de Méjico a los exiliados españoles de la guerra, y ha rematado la idea con estas palabras extraordinariamente significativas: «La nación mejicana engendró de esta forma una inolvidable deuda de gratitud de toda España, que habrá de pervivir, profundamente enraizada, en el corazón reconciliado de un pueblo decidido a mirar al futuro y a forjarlo, inspirado por sentimientos de unidad y paz».

Reconciliación, unidad y paz han sido los tres conceptos con que el Rey ha querido definir el espíritu del pueblo español ante el futuro. Casi exactamente todo lo contrario de lo que han significado los incidentes en España en los últimos días, tanto en el referente a la locura terrorista de ETA como a las in subordinaciones de algunos mandos militares o a la conjura protagonizada por determinados miembros de las Fuerzas Armadas.

Y si significativo ha sido este brindis, hay que engarzarlo con las emocionantes escenas de la víspera, cuando los Reyes se reunieron con la colonia española en Méjico, entre la que destacó de manera sustancial la viuda de don Manuel Azaña, el que fuera último presidente de la II República Española. La viuda de Azaña no hacía otra cosa que insistir en que su marido tendría que haber estado vivo para asistir a este supremo acto de reconciliación. Que sirva de ejemplo.

Todavía puede escribir

Una bomba en la ventana

ESTO, a mí, me ocurrió el otro día, exactamente en la madrugada —y no demasiado madrugada— del 17 al 18. Unos individuos de aquellos que nos hemos acostumbrado a denominar «incontrolados» llegaron a casa, pusieron un explosivo en una reja que da a la calle, y lo hicieron explotar. Por suerte, o gracias a Dios, yo no estaba en aquel momento en mi sitio de trabajo, que, por lo demás, suelo ocupar por esas horas. Contra mi costumbre de trabajar de noche, en la ocasión, por fatiga o por resaca, me había acostado temprano. De seguir mis rutinas, ahora yo no estaría escribiendo las presentes líneas. La verdad es que la «bomba» no era precisamente una bomba, pero sí un petardo de considerable fuerza expansiva y con un contenido de metralla que padecieron más los vecinos que yo. Los desperfectos que me atañen son unos vidrios rotos, unas puertas desenchajadas, unos cuantos libros deteriorados. No vengo a hacerme la víctima. Ni tampoco me llevé el gran susto. Estaba leyendo en mi cama para engañar el sueño, y el estampido, en principio, no alcanzó a alarmarme. Soy de un país donde la pirotecnia forma parte del folklore, y nunca se sabe cómo o por qué se quema la pólvora.

Del episodio, sobre todo, me inquieta el origen. No ignoro que entre mis más cercanos compatriotas soy un personaje «conflictivo». ¿Tanto? Quiero decir: ¿para merecer ese trato? Al fin y al cabo, lo único que he hecho en esta vida —y, en gran parte, para ganármela— ha sido leer y escribir, que son operaciones notoriamente apacibles y que tienen la ventaja de ser enfrentadas al mismo nivel: el de la persuasión. Y más del noventa por ciento de mis papeles ni siquiera se refieren directamente a la «política». Me parece que me he ganado con los años unos determinados odios. ¿De quién? No del Grapo, entre otras razones, porque como acaba de afirmar el ministro Martín Villa, ya no existe tal Grapo, y si alguna vez existió, no creo que se interesase ni poco ni mucho en mi modesta producción literaria. Ni para bien ni para mal. ¿Y los de ETA? Menos aún. ¿Quedan tan lejos!... Pongo estos dos ejemplos porque son los clásicos en las referencias periodísticas. Quedan los «incontrolados», desde luego. Y éstos militan en la acera de enfrente.

Como las buenas intenciones democráticas que todos compartimos son obvias, según dicen, me pregunto por qué pueden producirse todavía estas incidencias terroristas que no son «terrorismo» en la acepción codificada. El «terrorismo» actual, geográficamente delimitado o con rebotes puntuales muy determinados, es un lío de presesalias, de iras encontradas, de guerra civil latente. Aquí y en todas partes, y cuando digo «aquí» ahora quiero decir «España». Mi petardo fue cosa de un terrorismo en plan de aprendizaje y sin incitaciones ideológicas seguras. ¿O las probables «incitaciones ideológicas» no son «seguras»? Me lo pregunto. Han venido a visitarme unos inspectores de policía, amables,

de una neutralidad inesperada, a los cuales agradezco la buena voluntad. Son la plantilla fija de Sueca, reciente. Pero los petarderos no eran de mi pueblo. No conseguían seguirle la pista. Y lo mismo da. Es una pista conocida. En unas declaraciones de hace pocas semanas, el gobernador civil de Valencia reconocía que los «incontrolados» eran gente conocida y que para frenarles sólo hacía falta cogerles con las manos en la masa. No habrá manera. Pero las «incitaciones ideológicas» sí que son «seguras»: claras y resueltas. Los «inductores», que pagan o no, tal vez no sería difícil detectarlos, porque, en la aldea, nos conocemos todos: en la «aldea política», se entiende. Del «inductor» al «ejecutor» no hay un trayecto demasiado imperceptible.

No gastaré la vieja broma de don Julio Caesares, humorista sutil y maligno. Le recordaré al lector el argumento. Un terrorista asesinaba a un zar o un príncipe austro-húngaro. ¿Incitado por quién? Por un periodista demagógico. El cual provenía de Lenin, y Lenin de Marx, y Marx de Hegel, y Hegel, pasando por santo Tamás de Aquino, nos lleva a Sócrates. Sócrates fue el culpable —«¡Rusia es culpable!»—, y a Sócrates ya le condenaron a muerte los oligarcas atenienses... ¿Quién fue quien le puso en la mollera de muchacho del petardo que se proponía mi defunción, mi herida, o el simple incendio de mi biblioteca? No serán los grupos llamados «democráticos» que circulan por mi territorio. Todos ellos, desde la UCD hasta los extraparlamentarios más rotundos, pasando por mis amigos del Consell preautonómico, ya saben que no coincido con todos, y que voy a la mía, pero saben también que encuentran en mí una comprensión «liberal» a la vieja usanza, y una adhesión rotunda en todo lo que puedan hacer por sacar el País Valenciano del provincialismo, del sucursalismo de la inanidad. Entonces, ¿quién? «Verde y con asa al carraza», decían los refraneros clásicos castellanos. No me atreveré a sugerir acusaciones, porque eso, a mi modo de ver, está feo. Que se autoacusen, si quieren: que alguien —a través de la consabida llamada telefónica a la prensa local— reivindique el «atentado». Como no serán el Grapo ni la ETA, y la socialdemocracia es benigna, ¿quién será si no...?

Me pregunto por las causas, para llegar a los inductores. Yo, muy de izquierdas, lo que se dice muy de izquierdas, no lo soy: lo normal. Un poco más que los que así se definen, pero tampoco mucho. Una cosa razonable. Y si no es por este lado, ¿de dónde me llega la agresión? ¿Por lo de «catalanista»? Tampoco no es ninguna novedad, en principio. Soy «catalanista» desde hace tantos años, que me sorprende que sólo ahora se les ocurra los catalanofobos scotermeterme a la pólvora. Un valenciano catalanofobo es una contradicción en los términos, porque implica no ser valenciano: pero cada cual toca la flauta a su aire, y a quien san Juan se la dé san Pedro se la bendiga. No seré yo, como hacen tantos otros, un papa que imparta anatemas o indulgencias plenarias, en cuanto a ser valenciano.

Yo lo soy: un valenciano de Sueca, catalanoparlante y catalanista. Tengo derecho a serlo. ¿Ser eso es una «provocación», como han insinuado algunos profesores de Universidad? Con su pan se lo coman. Más bien ellos son los «provocadores», y ya lo advertirán dentro de cuatro días. Y la verdad es que no sé por qué nos hemos de «provocar» los unos a los otros. O por qué nos hemos de sentir «provocados».

Salvo, naturalmente, que a uno le pongan un poco de metralla en su ventana. En ese apuro, uno piensa en la lista de burgueses, catedráticos, periodistas, y lo que sea, que, con la excusa de ser «anticatalanistas», son «antivalencianistas», y que, puestos a pagar, sufragarían mi explosivo —lo han sufragado— y mucho más. Sería una estupidez atribuir el estropicio a un ultra. Los ultras están para eso, desde luego. Pero, ¿quién les manipula? Eso de la «manipulación» es un tema interesante. Tan manipulados, en definitiva, son los de derechas como los de la extrema izquierda. Insisto: ¿quién les manipula? El hecho que a mí me toca de cerca ya pasó: no llegó la sangre al río, aunque pudo llegar. Me consuelo con haber salido del paso relativamente indemne. Pero, ¿y la frustración de quienes me atacaron? ¿Y la de quienes les incitaban a responder con explosivos a una sencilla esperanza democrática? Quizá mañana vuelvan a la carga.

Lo que inquieta es que, si en otros sitios ha habido y hay colisiones entre actitudes resueltamente «violentas» —terrorismo—, entre mis paisanos nos habíamos limitado a gritar, a utilizar «esprais», a exhibir banderas contradictorias. Eramos pacíficos, en apariencia. A un chico de Alicante le mataron mientras hacía propaganda de la Diada Nacional, pero ya lo han olvidado ignominiosamente. El explosivo en mi ventana, ¿es «una declaración de guerra»? No era una pintada —que va sufi alguna—, ni un insulto en un desfile al pasar: es una decisión ofensiva. Que otro día recaerá sobre otro paisano. Yo deseo que el incidente se olvide. Pero que no se repita. En el fondo de estas impiedades hay siempre muchas angustias sumadas. Las de clase, por ejemplo; y las nacionales. No son asuntos a cancelar. Pero con todo eso del «consenso» y la Constitución, aun sin entusiasmo, podríamos pactar una tregua. Ya sé que no me han atacado por mi indiferencia nacional: mi indiferencia constitucional. La «bomba en la ventana» era básicamente emblemática. O era algo peor: desencadenar aquí, desde la extrema derecha, un juego estilo Ulster o Euzkadi, cuando no hay de que... En todo caso, créanme ustedes, un petardo en la propia ventana «desestabiliza» la democracia del señor Martín Villa: por partida doble, además. Los del explosivo, por un lado, y la víctima, por ejemplo —¡qué quieren que les diga!—, en el otro. Y no incurrimos en delitos de «sedición»...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

UNA SITUACION POCO EJEMPLAR

Señor Director:

Con no pequeño asombro he leído en el «B.O.E.» de fecha 18 de los corrientes tres resoluciones del Consorcio Túneles del Tibidabo, que preside el gobernador civil de Barcelona, referentes a pruebas selectivas y restringidas para proveer, en un caso, una plaza de técnico de Grado Superior (arquitecto-asesor); en otro, dos plazas de letrado-asesor, y, en el tercer caso, dos plazas de técnicos de Grado Medio de Administración Especial.

Mi asombro se ha producido por dos causas. La primera, porque no sé qué es lo que todavía pinta el mencionado Consorcio cuando no existe indicio alguno de que las obras de los túneles citados se lleven a término algún día, toda vez que llevan paralizadas varios años y nadie sabe cuándo y cómo habrán de proseguirse. ¿Tantos técnicos —además de los que supongo que existen— hacen falta para mantener el funcionamiento de un organismo inoperante?

La segunda causa es que en las pruebas para el primero y segundo casos de referencia, el presidente del tribunal calificador es quien ostenta el cargo de gerente del Consorcio de Túneles del Tibidabo, gerente que, asimismo, ha sido admitido como otro aspirante para las pruebas del segundo caso, es decir, para letrado-asesor del Consorcio. Por supuesto —no faltaría más— en este caso el presidente del tribunal calificador no es el gerente, sino el secretario general del Gobierno Civil. Pregunto: ¿será compatible ser gerente del Consorcio y, al mismo tiempo, letrado-asesor? ¿No hay en todo esto algún indicio de «rareza» administrativa?

L. G. R.

EL DESESPERO DE UN UNIVERSITARIO

Señor Director:

Soy licenciado en Ciencias y ardo en deseos de emigrar; estoy parado, como otros muchos. Llevo un año, más o menos, en esta situación y estoy desalentado de andar mendigando por los laboratorios de la región un trabajo, recibiendo como banal consuelo rellenar un formulario de solicitud y unas palmadi-

tas en la espalda, al salir, con la incierta promesa de que: «de momento no hace falta, pero ya le avisaremos si acaso». Lo mismo digo en cuanto a entrar a trabajar en un centro estatal, como el Juan de la Cierva (pretendía bajar durante un año, sin cobrar, para aumentar mis conocimientos y adquirir práctica) para lo que me presentan una cantidad de trabas, sobre todo burocráticas, que casi he desestimado el proyecto.

Igual en un centro oficial de enseñanza; considero papel mojado todo el cúmulo de instancias, fotocopias y méritos aportados en la delegación del Ministerio en cuestión: de nada me ha servido (en un amable coloquio con el director de un centro de enseñanza llegamos a lo mismo de siempre: «¿A usted quién le conoce, usted quién es?...») No culpé a ningún director de ningún laboratorio ni de ningún centro estatal de nada. Tampoco caeré en el error de justificarme en la crisis universal que todos padecemos; esta crisis es «de toda la vida» en España. No pienso presentarme a ningún tipo de oposiciones, trucadas o no, ni apuntarme a ningún partido o central de enchufe. Por último, no les pienso decir a qué me dedico en este momento; a algunos les daría pena y otros se reirían (yo, ninguna de las dos cosas).

Terminaría diciendo la frase de aquel profesor español en cuatro universidades americanas, que ha regresado a España y trabaja gracias a la gentileza de un colega suyo en la ciencia: «No entiendo qué sucede en mi país». O quizá yo sí lo entiendo...

Domingo UBACH BATALLER

MI COCHE HA SIDO SAQUEADO TRES VECES

Señor Director:

He sido en el plazo de 45 días «visitado» tres veces por los cacos, o sea, mi coche. Como es lógico, se han llevado todo lo de valor que han encontrado, previa violación de cerraduras, además he sido testigo presencial de otro intento por estos individuos con el mismo fin, que al verme pusieron pies en polvorosa. Lugar: Los Quince, calle Ramón

Albó y calle Acacias. Primer detalle, R. Albó la única luz que hay es la del sol, por la noche cero; segundo detalle, los cacos saben escoger calles poco vigiladas.

Y ahora que tome nota nuestro Ayuntamiento, lo mismo que están poniendo tanto interés en el cobro de multas y retirar coches mal aparcados, que pongan el mismo celo en la vigilancia. Porque exceptuando los tres coches patrullas por distrito y la policía motorizada, con todos mis respetos, la pareja de municipales de a pie, brilla por su ausencia en la mayoría de las veces. Además, si los observan, verán que la mayoría no tiene edades para cumplir con eficacia el trabajo encomendado. El Ayuntamiento tiene guardias jóvenes que podrían cumplir mejor con esta misión.

Así que creo como uno de tantos ciudadanos, que entre muchos impuestos que nos obligan a pagar, sea una realidad el de «vigilancia nocturna» y no un tributo más.

M. JIMENEZ

LA LEY DE LA SELVA

Señor Director:

El viernes 3 del actual, hacia las 20.45, en la calle Las Carolinas, de la barriada de Gracia, intenté aparcar mi vehículo en lugar tolerado (no autorizado) que había vacío. En ese momento se acercó una persona para decirme que en aquel sitio iba a aparcar un «Seat-124», que estaba a unos 20 metros de distancia sin hacer señal de ningún tipo.

Al empezar a exponerle mi disconformidad, y sin haber mediado más que unas pocas palabras, se apeó un pasajero y empezó a darme puñetazos por la ventanilla de mi coche, y no llegó a más gracias a que lo sujetó la persona que dialogó primero conmigo.

Al observar que el individuo que me agredía estaba dispuesto a todo, y teniendo en cuenta que soy padre de familia, y que además me gusta comportarme, por sistema, como una persona civilizada, decidí aparcar mi coche sobre la acera y buscar una cabina telefónica, para llamar al 092, lo cual efectué.

Le expuse mi situación a la persona que se puso al teléfono, y me dijo que daba el aviso a un coche patrulla, el

cual se personaría en el lugar del suceso. Por lo tanto, volví al sitio donde tenía mi vehículo, en espera del coche patrulla, y las personas que habían organizado el alardeado ya no estaban, pero tenían el coche aparcado en el lugar que ellos habían exigido de forma tan expedita. Estuve esperando a la mencionada patrulla durante 25 minutos, controlados con el reloj en la mano debido a mi impaciencia, sin que apareciera nadie. En vista del éxito, decidí irme a mi casa y volver a llamar al 092 por teléfono otra vez.

La persona que se puso al teléfono reconoció haber recibido mi anterior llamada y que ellos ya habían pasado nota a la patrulla. Al decirle que ésta no había aparecido, me comunicó que ellos no podían acudir a todos los «líos callejeros» y que nos hubiésemos contenido. Al indicarle yo que es muy difícil contener a una persona que sin mediar palabra, te empieza a dar puñetazos, y que para no tomar la ley por propia mano es por lo que llamé al 092, se caló y no respondió. Le dije que, como de costumbre, el único recurso que me quedaba era el famoso «pataleo» y escribir a la prensa, a lo que él me contestó que «sí».

¿Se imagina usted, estimado director, las cosas que se le pueden hacer a una persona en plena calle en 25 minutos, y sobre todo sin que aparezca nadie a socorrerle después de haber llamado al 092?

No me extraña que en Barcelona proliferen, cada día más, los actos de violencia de todo tipo, debidos a la cantidad de delincuentes que campan por sus respetos, a su entera libertad, y sin que nadie les ponga coto. De seguir así, vamos a tener que proceder como en las famosas películas del oeste americano, y procurar «sacar» más rápido que tu enemigo.

El viernes 3 no fue mi día de suerte, pues me quedé sin poder aparcar cerca de mi casa, me agredieron y el 092 no respondió a mi llamada. Sólo me queda dar gracias a Dios de que sólo me pegaron, y tomar buena nota de todo lo sucedido por si se produjese una próxima vez.

L. B.